

Aproximaciones a los modos de leer: sobre la lectura como experiencia, como práctica y como herramienta

Vanina Papalini

Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad (CIECS)

CONICET – Universidad Nacional de Córdoba

vaninapapalini@gmail.com

Resumen

Este trabajo resume el intento de encontrar nuevos enfoques para la comprensión de la actividad lectora. El primer intento está dirigido a escapar de la fetichización del acto de leer y del objeto "libro" como alto representante de la "literatura". El segundo intento se orienta a integrar a la lectura en la trama cotidiana en la cual lo sublime y lo prosaico son simplemente calificaciones de la existencia social. El tercer intento está dirigido a reconceptualizar la recepción literaria, tomando como punto de partida las categorías que Hans Jauss delimitara y distinguiendo recepción, apropiación y uso. El cuarto intento es desincrustar la lectura de la clásica asociación que la emparenta con la imprenta, el protestantismo, la modernidad y el individualismo –imputable más a los resabios del enfoque de la sociología positivista que a un devenir histórico y cultural del proceso- para insistir en la necesidad de pensarla como circuito. Finalmente, ensayaré un compendio –incompleto- que sistematiza los modos de leer y los tipos de lectores emergentes de un extenso y misceláneo trabajo de campo.

1. ¿Qué es un libro? ¿Qué es leer?

Parece una obviedad proponerse definir al libro: su presencia ubicua acompaña nuestras culturas "letradas", definitivamente, desde hace casi cinco siglos, si aceptamos como definición la que provee la Unesco en 1964, para la cual un libro es "una publicación impresa no periódica que consta como mínimo de 49 páginas, sin contar las de la cubierta" (Delavenay, 1974: 9). Esta definición, quizá útil a los fines estadísticos, dice poco de las tramas que se condensan en este objeto. Entre otras cosas, al definirlo a través de ciertas características materiales del presente, omite su larga historia: existieron libros antes de la imprenta, libros manuscritos, escritos en rollos, grabados en tablillas de arcilla o madera e inclusive, libros no escritos, guardados en la memoria por siglos.

Existen otras maneras de definirlo, como ésta: "Artículo de lujo o de masas, objeto de arte o instrumento de información, lo que caracteriza al libro es su destino: ser leído" (Delavenay, 1974: 9). En esta acepción, la "esencia" del libro está fuera de él, se cumple en su destinatario. Los libros no leídos, no existirían como tales hasta que son

descubiertos. Pero también hay aquí una definición de “lector”, como “aquel que lee”. Me gustaría ampliar un poco más esta noción para pensar que también es lector aquel que *escucha* una lectura: no es condición saber leer para ingresar al mundo de un libro. Propongo entonces que *leer es participar de una lectura*; la práctica no se reduce sólo a comprender las letras organizadas en un texto. Cuando aún no hemos aprendido a leer, alguien nos lee; así, *conocemos al libro aún antes de entenderlo*. Nos familiarizamos con él a diferentes edades y, de manera más o menos obligatoria, cuando comenzamos la alfabetización temprana. Si la relación iniciada en la infancia germina, puede que continúe, constante o intermitentemente, toda la vida.

Los libros son productos que resultan de un conjunto de prácticas sociales entrelazadas con sus contextos sociales e históricos (Chartier, 1999). Como acontece con toda la producción cultural, son bienes de un tipo especial: conjugan un valor simbólico y un valor económico (Thompson, 1998). La mercancía literaria, resultado de acciones sociales, procedimientos técnicos y materiales concretos, se intercambia en un mercado organizado como tal, es decir que se ajusta a requerimientos de demanda y oferta, a las regulaciones de las transacciones comerciales y a las estrategias de promoción de las ventas (Rama, 2003). Esta definición no agrega nada demasiado novedoso, pero intenta recordar que el libro puede, o no, ser una obra literaria de gran calidad artística; normalmente es una mercancía más, un objeto más, un instrumento más, de los muchos que pueblan el mundo social concreto. Y por ahora. Justamente, es su materialidad, la “sustancia papel” en la que se apoya la escritura, la que está en plena transformación (Darnton, 2010).

2. La lectura como actividad cotidiana

Quizá porque se des-pliegan, abren una superficie que permanecía cerrada y secreta, los libros han sido tratados como “espacios” más que como objetos. Espacios en sí, y espacios continentales de palabras, esa cifra humana que permite penetrar en órdenes no humanos y trascendentes. Sagrados y misteriosos, han sido concebidos como portales para comunicarse con divinidades angélicas o diabólicas, habitar mundos mágicos o hechizar mundos reales. Pero no sólo de enigmas vivimos. Las lecturas son materia de nuestro hacer cotidiano y allí cumplen una función relevante.

Leemos para informarnos de lo que ocurre más allá del alcance de nuestros sentidos. Y también para movernos en nuestro mundo doméstico: leemos instructivos, prospectos y manuales de uso. Leemos con tribulación en vísperas de un examen. Leemos cartas, mensajes breves, *posts*, correos electrónicos y avisos pegados precariamente en una puerta o ventana: leer es imprescindible para comunicarnos y movernos en un mundo complejo. Leemos para entretenernos, o para dis-traernos: leemos para irnos de un espacio, o para permanecer. Leer puede ser un buen camuflaje para pensar en nada, o en todo. Puede ser un signo de distinción y una marca de identidad. Una coartada o una estrategia de seducción. Leemos por curiosidad. Por azar. Por placer, o por obligación. Leemos por recomendación –que puede errónea, y entonces leemos contrariados-,

leemos algo impensado sólo porque alguien nos regaló un libro o nos mostró un artículo. Leemos para pasar el tiempo. Para transformarnos o para visitar el pasado. A veces nos sumergirnos en la experiencia de la lectura, y a veces pasamos por el libro en diagonal, de apuro. Leemos libros, folletos, informes, publicidades, diarios, subtítulos, carteles, expedientes, notas. Leemos historietas, “pruebas escritas” a corregir, formularios, menús, tarjetas, grafitis pintados en las paredes o comentarios grabados en la puerta de los baños públicos.

Yo diría que, si pensamos en el leer, y no en la literatura, leemos mucho. Todos nosotros, habitantes de unas sociedades occidentales basadas en la palabra. Perdón: basadas en la palabra escrita. La que deja huella. La que nos merece confianza. Quizá leemos excesivamente, porque no confiamos en lo que oímos, en lo que sentimos, en nuestra capacidad de orientación y en nuestra memoria. O en la ajena.

La lectura es una *práctica social*, entendiendo lo social como “un movimiento muy peculiar de reasociación y ensamblado” (Latour, 2008:21). Como sugiere la definición, admite múltiples formas; tantas formas como relaciones sean posibles. Si la consideramos sólo como puerta de entrada a lo sublime y excelso de la cultura, aprehenderemos una única dimensión de todo lo que supone esta práctica. La experiencia de lo sublime es una, entre otras, vinculadas a la lectura. Metodológicamente, conviene suspender todo juicio de valor para acercarse a observar un abanico de variaciones igualmente valorables.

Comprendo a la lectura como una experiencia *integral*. Abarca mucho más que la obra y aún más que el par obra-lector; abarca el contexto de relaciones por las cuales este encuentro se produce, el modo y las razones del acoplamiento, el conjunto de expectativas tejidas a su alrededor, el rito –cotidiano o cultural- en el que se integra esa práctica y un largo, largo etcétera. La lectura no es (solamente) una experiencia estética o un hábito culto. Su función no es “iluminar”, no puede por sí misma “generar conciencia”, conducir al saber derrotando a la ignorancia, producir más razón y menos tutelaje.

La lectura es un ensamblaje en el sentido que Latour (2008) da a este término: como un plano de relación entre elementos heterogéneos humanos y no humanos, semióticos y psicológicos, actuales y virtuales. Lo que la lectura “es” depende de las combinaciones, no de la acción humana considerada de manera aislada ni de los elementos tomados separadamente y con una esencia irreductible. En su dimensión objetiva, es una práctica cuyo agente no es sólo el sujeto que lee; es una “máquina lectora” integrada a circuitos más amplios, una conjunción dinámica inscripta en un mundo en devenir (Deleuze y Guattari, 1977).

3. La lectura como circuito comunicacional

En *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Max Weber (1979) instala una manera de comprender el capitalismo asociada a una transformación en las mentalidades, una “revolución cultural” que encuentra estímulo y se desarrolla en consonancia con la Reforma Protestante. Para Weber, el protestantismo en general, y el calvinismo especialmente, que animan a cada creyente a seguir su vocación y a realizarse económicamente y entrañan rasgos de la “individuación” prefigurada parcialmente en la hermenéutica personal, y no institucional, de la lectura de las Escrituras. El invento de Gutenberg fue particularmente útil para acabar con el monopolio de la lectura y la unicidad en la interpretación. Junto con esta técnica que facilitaba la reproducción, la traducción de la Biblia a las lenguas nacionales vulgares posibilitó que un número mayor de lectores leyera y, al leer, interpretara por sí mismo los textos.

Esta configuración delineada por Weber perfila la mentalidad tejida con la revolución económica del capitalismo en conjunción con las prácticas. Las tesis de Weber no significan que la Reforma haya sido “causa eficiente” del Capitalismo. Ni causa eficiente, ni causa suficiente: se trata de una configuración, un ensamblaje. No obstante, la relación entre la lectura, el libre albedrío y la individualización creciente del capitalismo que sugiere esta obra han inspirado algunos otros estudios sobre la lectura, entre los cuales el de mayor gravitación es probablemente el de Walter Ong.

En un recorrido histórico sobre las formas de la oralidad y la escritura, Ong ha diferenciado las lecturas colectivas, en voz alta de la lectura del libro impreso, que la reproducción mecánica puso en circulación y al alcance de un número mayor de personas, allanando su apropiación individual y aislada (Ong, 1993). Al igual que Weber, Ong describe la trama compleja de transformación sociocultural en la cual el libro impreso cumple un lugar destacado. Pero quizá la reconstrucción histórica requiera conocer algo más de las apropiaciones de los lectores para sacar conclusiones completas. Una reconstrucción más detallada y apegada a los escasos indicios de la vida cotidiana como la que realiza Carlo Ginzburg en *El queso y los gusanos* (1981), ya en un etapa de mayor abundancia y circulación de escritos, parece mostrar que las lecturas se comparten y las opiniones e interpretaciones se cimientan grupalmente.

Aunque generalmente se describa a la lectura como una práctica solitaria y personal, (Rosenblatt, 2002), éstos son casos aislados: sólo el confinamiento obligado inhibe o dificulta la compartición. Aún los monjes, o los reclusos, comentan con alguien o trasladan a una carta nociones, ideas o comentarios que provienen de sus lecturas. La lectura es una acción social, inscrita en un circuito de intercambio y comunicación, compuesto por tres tipos de encadenamientos: afectivos e interpersonales, comerciales y expertos (Papalini, 2012). Es un punto de condensación, un anudamiento de tramas de relaciones sociales, mercantiles y culturales tal que sólo merced a una abstracción analítica centrada en el objeto puede ser reducida a una actividad “individual”.

El libro participa de un universo simbólico, es un objeto significante, reabsorbido en interpretaciones múltiples, y es un objeto cultural ubicuo, que se engarza en rituales

seculares y religiosos, prácticas específicas e inespecíficas. Pero también el objeto-libro es también un bien intercambiable, que circula en un mercado. En múltiples ocasiones el discurso especializado –que no reside exclusivamente en la academia- nutre los circuitos mercantiles. Voces autorizadas recomiendan una lectura desde una cátedra o en un comentario de una revista, analizan al autor galardonado u opinan sobre la obra en su contratapa. Las opiniones personales o impersonales preceden o acompañan la elección de un libro, provienen de personas, grupos, instituciones, comercios o simplemente sistemas abstractos en quienes se confía o a quienes se les reconoce un saber.

Las prácticas culturales generan a su alrededor comunidades. En relación a la literatura, a ciertos autores o ciertas obras, incluso cierto género, existen comunidades virtuales y comunidades presentes nucleadas en torno a librerías o bibliotecas, incluso cafés. La interpretación de un libro o de las lecturas tiene más que ver con las comunidades interpretativas que con una reflexión ensimismada frente al texto. Los públicos comparten matrices de interpretación y éstas, en composición dinámica, se nutren de múltiples fuentes (Papalini & Rizo, 2012). El circuito de la lectura es impulsado por numerosos participantes: autores y las autoras, sistema educativo, mercado editorial, comunidades de aficionados, sistema de medios e instituciones culturales, sistemas de reconocimiento y otorgamiento de distinciones, ferias y acontecimientos especiales, lectores y lectoras (Ramírez, 2009), prosiguiendo sus derivas más allá.

4. Uso, recepción y apropiación

Las lecturas pueden ser objeto de diferentes aprovechamientos: pueden ser usadas, recibidas o apropiadas. Como señalé antes, la lectura forma parte de la vida cotidiana y puede servir a finalidades pragmáticas tales como aprender el funcionamiento de un aparato o encontrar una vivienda a partir de una dirección indicada en una nota. De eso se trata el uso: de una aplicación práctica de la lectura.

Sobre la recepción han abundado los aportes: desde los estudios culturales (Hoggart, 1992; Hall, 1980) hasta la Escuela de Constanza (Acosta Gómez, 1989; Jauss, 1987). La recepción tiene que ver con una finalidad inespecífica; se refiere al acceso al texto y a todas las operaciones cognitivas que supone su comprensión, es un “logro hermenéutico” (Thompson, 1998). En ese sentido, el uso puede interpretarse como uno de los tipos de recepción (en el sentido en que este objeto particular, el libro o el material leído, no se “utiliza” directamente, no tiene –originalmente- funciones prácticas asociadas). Las funciones orientativas (informativa, prescriptiva), analógicas (descriptiva, comprensiva), prácticas (indicativa para la realización de acción específica) y erótico-lúdicas (experimentación, goce estético, conmoción, entretenimiento) son formas de la recepción. Las referencias de la recepción (las lecturas) son contingentes: estos tipos de recepción –estos modos de funcionamiento maquínico- pueden establecerse en relación a diferentes tipos de materiales.

Serge Proulx diferencia el uso, la utilización y la apropiación de tecnologías (2001). Adaptando esa clasificación a nuestro caso, podemos decir que la apropiación supone el uso (la integración significativa de un objeto en la vida cotidiana), la recepción (la matriz cognitiva para la comprensión del objeto) y *un gesto creador hecho posible por el objeto*. La apropiación, definida en relación con la lectura, describe un proceso subjetivo, creativo y no simplemente reproductivo. La apropiación implica que la lectura se convierta en una *experiencia*, en el sentido de romper, cuestionar, transformar, completar: dejar huella. No sucede esto con todas las lecturas. Es un tipo especial de ensamblaje que supone una incrustación y no sólo un acoplamiento. Así, entonces, la apropiación es el modo en que la lectura se cuela en la subjetividad (Petit, 2001), reformula –y es reformulada- nuestras representaciones, se convierte en una clave en función de la cual interpretamos el mundo y a nosotros mismos. Al “hacerla propia”, se transforma. La apropiación es siempre un proceso de refracción y mixtura, de combinación, de selección.

Existen algunos intentos de tipificar la apropiación. Hans Jauss (2002) proporciona una clasificación de “tipos de identificación estética”. La identificación (ya sea asociativa, admirativa, *cathártica*, *simpatética* o irónica) es una de las formas de la apropiación, en la medida en que “habla” y genera ecos interiores. Pero no es la única. Las formas por las que la lectura habilita un momento de introspección no son sólo las identificaciones positivas sino también el rechazo o contradicción, la insinuación y la sugerencia, el “descubrimiento” o hallazgo.

No puede saberse con certeza ni tiene mucho sentido pretender tipificar recorridos, articulaciones y sedimentaciones singulares; las posibilidades de ensamble son múltiples. La apropiación es un proceso imprevisible e indócil: no sólo no puede predecirse, sino que *no es posible prescribir un modo de apropiación*. Los casos en los que las terapias trabajan con libros y proponen lecturas con las cuales los pacientes deberían identificarse, muestran este fracaso con singular claridad.¹ Otro tanto podría decirse de las recepciones “inducidas” que proponen las actividades escolares.

5. Modos de leer

Como modo de ingresar a las formas de la lectura en su diversidad, voy a proponer una lista, que está lejos de ser exhaustiva, de apropiaciones posibles. Dada la manera en la que concibo la apropiación, sus formas son innumerables. Sin embargo, y para entender mejor la categoría, quisiera proponer algunos ejemplos típicos de funcionamiento de la “máquina lectora”. Emergen del trabajo empírico y por lo tanto, no pueden ni quieren agotar las posibilidades.

He hablado de las lecturas prácticas como un género definido por las gramáticas de producción (Verón, 1996), pero podríamos generar una categoría particular que abarque

¹ Uno de nuestros entrevistados, Claudio, contó que mantenía reprimida su homosexualidad en la etapa de la adolescencia. Su psicoterapeuta le recomendó leer varios textos; todos planteaban historias de homosexuales con las que Claudio hubiera debido identificarse y “objetivar” su problema, sin embargo, no pudo terminar ni uno solo pues se aburría enormemente.

las lecturas “útiles” definidas como tales a partir de cierta apropiación. Son lecturas que no tienen una finalidad de aplicación específica pero sirven ulteriormente para algún propósito. A diferencia de las lecturas de uso práctico, concebidas para alcanzar un logro habilidoso, las lecturas útiles actúan de manera mediata e indirecta; por ejemplo, proveen ejemplos, operan como instancias de educación, brindan ideas. Su utilidad siempre es *a fortiori*, cuando descubrimos que “sirvió” para algo. Este es un tipo de juego de memoria práctica que echa mano a lo que tiene para resolver una situación o problema. La apropiación producida es básica, es un nivel de integración mnémica que no implica una elaboración alambicada.

Propongo escrutar otras apropiaciones potenciales que hundan sus raíces en el *pathos*.

Un tipo de lectura reconocido por varios autores es la lectura “compensatoria” (Radway, 1984; Niño, 2012) en la cual la máquina lectora funciona en un entorno de carencia: la inmersión proporciona un goce complementario y ausente en la vida personal. Se ha hablado del género rosa como aquel que agrega romance y aventura en la vida prosaica del ama de casa, sugiriendo que cumple esta función compensatoria. Bajo la misma línea conjetural, podemos presumir que el género de acción es compensatorio en la vida gris de los hombres, burócratas o empleados fruidores de estas historias. En todo caso, la compensación es una suerte de goce que procede de la sublimación de un deseo reprimido o actualmente insatisfecho. Cuando no es compensatoria, la lectura puede ser evasiva. Crea mundos que resultan más agradables que aquél en el que vivimos.

Permítaseme una pequeña digresión para señalar que no hay en esta caracterización ninguna valoración negativa. No puede culparse a nadie de evadirse, esta fruición es una experiencia generalizada, en la literatura como en el cine. No conozco a nadie que pueda vivir permanentemente “consciente” como un marxista de libro, o “siempre despierto” como un buda. Tampoco parece que se pueda vivir sin ilusión, de hecho, me pregunto qué clase de ser podría ser ése que viviera sin ilusiones. Se me antoja una especie de autómatas incapaz de soñar o de tener pesadillas. Arriesgo la idea de que sin fantasía y sin ilusión no hay material para ninguna utopía. Es cierto que hay grados de evasión diferentes, pero “normal” o “patológico” son designaciones para los mismos comportamientos; la diferencia –la delgada línea- es un asunto de intensidades, cuando no de poder.

Hay otros tipos de apropiación no registradas en la bibliografía, que me resulta difícil de describir, pues quisiera explicarlas como modalidades de interacción con el inconsciente. He creado una categoría de nombre metafórico, a falta de mejor palabra: las lecturas-abrojo son máquinas cuyo funcionamiento es sutil: son esas que se adhieren un poco imperceptiblemente y que nos encontramos evocando, citando o interpretando otras situaciones en sus términos, sin que “conscientemente” hayamos tomado nota de su fuerte poder evocador. Las lecturas-abrojo son generalmente aquellas que reverberan a niveles emotivos, por eso algunos procesos no se evidencian necesariamente a nivel racional.

En oposición a las lecturas-abrojo, existen las lecturas olvidadas “involuntariamente”, libros que pueden haber sido leídos en circunstancias especiales, traumáticas, o con la atención saturada, máquinas de funcionamiento automático que giran en el vacío. A veces incluso olvidamos algo que nos proponíamos recordar.

Esta dialéctica evocación-olvido supone tomar nota de la cantidad de procesos vinculados a la lectura que nada tienen que ver con el raciocinio.

Un último caso para completar la tríada de juegos con el inconsciente es la lectura “reveladora”, aquella que permite objetivar una sensación o sentimiento difuso, una situación poco clara, un estado sin simbolizar. Al igual que con la hermenéutica de un oráculo, lo que “vemos” es lo que “ponemos” allí y esto tiene que ver con una manifestación del inconsciente, sólo que en lugar de ser la verbalización ante el terapeuta, es un “diálogo” que usa palabras ajenas y relatos ficcionales.

Estas formas de apropiación hacen de la lectura una ocasión de reflexión. Se suele decir que se produce un “diálogo interior”, pero la expresión no tiene mucho sentido ya que no hay “dos” (la obra –y a veces se piensa al autor que habla con la voz de su texto–y el lector). Podemos contar un argumento, pero no podemos dar cuenta de la apropiación de la lectura, pues ésta sedimenta de a poco y sigue resonando mucho después que hemos concluido la obra. Lo que se produce es un ensamble, un acoplamiento, como un engranaje en marcha que no produce “cosas” sino más bien niebla. La “nube evocativa” en la que nos sumergimos al leer no tiene forma. Depende del ensamblaje que la máquina genere una fumarada espesa o apenas un vaho. La cópula no es simbolizable porque hay un proceso de desindividuación. Y en tanto experiencia, sus resonancias no son previsibles.

6. Conclusión: La lectura como herramienta, como práctica social y como experiencia (subjetiva)

Desde este punto de vista, la lectura abarca más que a los libros, es una actividad múltiple y tiene otros valores que el de la instrucción. No necesariamente sublimes. Pero todos ellos igualmente preciosos e imprescindibles. Si la “inquietud de sí” es una forma de hacer más densa, más rica, más autónoma, la experiencia humana y social, ésta pasa tanto por pequeños libros de opúsculos como por dietas desintoxicantes; tanto por manuales de ejercicios como por biografías (Foucault, 1990, 2001). He distinguido distintas aproximaciones posibles, insistiendo en que todas ellas entran y salen y se entretajan con espacios sociales habitados. La lectura en general, y las literaturas y paraliteraturas) en particular (Boyer, 2008) son dones intercambiables en un circuito social, cultural y económico.

Desde la perspectiva subjetiva, la lectura es un “trabajo”, llave de acceso a recorridos inusitados. Desde la perspectiva objetiva, se teje con nuestro estar en el mundo. Y en el interjuego entre ambos órdenes, las transformaciones se hacen posibles.

Bibliografía

Acosta Gómez, Luis (1989) *El lector y la obra: Teoría de la recepción literaria*. Madrid: Gredos.

Boyer, Alain-Michel (2008) *Les paralittératures*. Paris: Armand Colin.

Chartier, Roger (1999, 2000). *Cultura escrita, literatura e historia*. México: Fondo de Cultura Económica.

Darnton, Robert (2010). *Las razones del libro*. Madrid: Trama.

Delavenay, Émile. 1974. Por el libro. La UNESCO y su programa. París: Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. Accesible on line <http://unesdoc.unesco.org/images/0013/001378/137836so.pdf>. Recuperado el 7 de octubre de 2012.

Deleuze, Gilles y Guattari, Félix (1977, 1997). *Rizoma: Introducción*. Valencia: Pre-textos.

Foucault, Michel (1990) «Tecnologías del yo», en *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Barcelona: Paidós / I.C.E.-U.A.B, pp. 45-94.

Foucault, Michel (2001/2002). *La hermenéutica del sujeto. Curso en el Collège de France. 1981-1982*. México: Fondo de Cultura Económica.

Ginzburg, Carlo (1981) *El queso y los gusanos*, Barcelona: Muchnik. 2ª edición: 1997.

Hall, Stuart (1980) Codificar y Decodificar. En: *Culture, Media & Language*. London, Hutchinson, pp. 129-139. Traducción: Traducción Carlos Rusconi y Ariadna Cantú.

Hoggart, Richard (1992, 2000). *The uses of literacy*. London: Transaction Publishers. [1957]

Jauss, Hans (1987) *El lector como instancia de una nueva historia de la literatura*. En Mayoral, José Antonio (ed.) *Estética de la recepción*. Madrid: Arco/Libros.

Jauss, Hans (2002). *Pequeña apología de la experiencia estética*. Barcelona: Paidós, I.C.E./U.A.B.

Latour, Bruno (2008). *Reensamblar lo social*. Buenos Aires: Manantial

Niño, Emanuel (2012). La novela rosa. El caso de los lectores de Florencia Bonelli. Trabajo final de licenciatura. Escuela de Letras, Universidad Nacional de Córdoba.

Ong, Walter (1987, 1993). *Oralidad y escritura*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Papalini, Vanina & Rizo, Valeria (2012). Literatura de circulación masiva, de la producción a la recepción. El caso de los lectores de autoayuda. Cadernos de Linguagem e Sociedade, Universidade de Brasília.

Papalini, Vanina (2012). La literatura masiva como circuito comunicacional. XVI Jornadas Nacionales de Investigadores en Comunicación, Santiago del Estero.

Petit, Michèle (2001, 2006). *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*. México: Fondo de Cultura Económica.

Proulx, Serge (2001) Las formas d'appropriation d'une culture numérique comme enjeu d'une société du savoir. http://www.ac-grenoble.fr/ien.bourgoinashnord/IMG/pdf_es_TUIC_Enjeux_et_modalites_de_mise_en_oeuvre.pdf. Recuperado el 16/10/2012.

Radway, Janice (1984). *Reading the Romance*. North Carolina: The University of North Carolina Press.

Rama, Claudio (2003) *La economía de las industrias culturales*. Buenos Aires: EUDEBA.

Rosenblatt, Louise (2002). *La literatura como exploración*. México: Fondo de Cultura Económica, 2002.

Thompson, John B. (1998). *Los media y la modernidad*. Barcelona: Paidós.

Verón, Eliseo (1996). *La semiosis social*. Buenos Aires: Gedisa.

Weber, Max (1979, 1991) *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Puebla: Premiá. [1904-1905]